

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

# Usos del Nacionalismo.

Estela M. Gurevich.

Cita:

Estela M. Gurevich. (2001). *Usos del Nacionalismo. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/177>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/taD>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

# Usos del Nacionalismo

Estela M. Gurevich

Las discusiones en torno al Mercosur nos llevaron unos años atrás a aplicar unas encuestas entre los alumnos del Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires (UBA). El propósito era sondear sus conocimientos del tema, sus representaciones de las poblaciones de los países vecinos, de los otros miembros del Mercosur. Así, sin proveer ninguna información entregamos de a una, las cinco preguntas que conformaban la encuesta. En sus resultados la población chilena –y ninguna otra– era asociada con el nacionalismo. Para entonces, la presencia de Chile en Argentina había adquirido una notoriedad que también la distinguía de los demás países. Se debía a la afluencia de capitales de ese origen y su participación en empresas “innovadoras” o nuevas (AFJP, otras en el área inmobiliaria y alimentación) o de reciente privatización (EDESUR)

Todo esto nos generó una serie de preguntas y llevó a encarar una investigación sobre las relaciones entre las poblaciones chilena y argentinas, que hoy se continúa, en la problemática de “Nacionalismo y la construcción de la subjetividad política en el proceso de integración de Chile y Argentina”. Particularmente hemos abordado los años ‘60, la emigración de intelectuales argentinos a Chile y a sus universidades.

Así, este trabajo es un paso en la búsqueda de una definición del nacionalismo que resulte adecuado para captar y comprender las dimensiones que el mismo adquiere en el ámbito de la subjetividad de los actores sociales. Entendemos que esta subjetividad se construye en la historia, en la relación estructura-sujeto. En este sentido, esta época de “globalización” constituye un campo privilegiado de observación donde considerar la apropiación que los conjuntos sociales realizan de esas categorías. Con tal propósito estamos realizando nuestro trabajo etnográfico en el Gran Buenos Aires y próximamente en el barrio HISISA de la ciudad de Neuquén, un barrio tomado donde conviven ciudadanos de Chile y Argentina.

## La teoría

La literatura sobre el tema es abundante, a veces vaga y otras contradictoria. Distintos autores suelen partir de

nacionalismo y continuar con identidad, circunscribiéndose a alguna en particular. También es vinculado con las nociones de nación, estado, modernidad, etnocentrismo, patriotismo y ocasionalmente se lo asocia con contenidos emocionales.

Los años ‘70 con la emergencia de las “nuevas” naciones del Tercer Mundo, marcaron un giro importante, poniéndose en duda la creencia en la naturalidad de las naciones. Así a la interpretación del nacionalismo asociado con características preexistentes de las poblaciones: nacionalismo étnico, se agregó otra explicación que lo asociaba con la modernidad: nacionalismo cívico. Anthony Smith sintetiza la discusión, señalando que la pregunta central que ha llevado a la división entre los teóricos es el papel asignado al pasado, el lugar de la historia étnica en la comprensión del presente.

Etnico y cívico. Dos grandes denominaciones que incluyen interpretaciones varias. A grandes rasgos, dentro del nacionalismo étnico las posiciones primordialistas sostienen que la nación siempre ha existido y colocan a la etnicidad como un atributo universal de la historia de la humanidad, llegando en su versión sociobiológica a ligarlo al parentesco y la lucha por la existencia. Los perennialistas, en cambio, sostienen como A. Smith que naciones y nacionalismo son perennes pero no naturales, con lo cual si bien la nación es inmemorial puede cambiar y no forma parte de ningún orden natural, por lo que uno puede elegir su nación así como construir algo nuevo sobre cimientos viejos. Esta concepción pretende conjugar las fuerzas del pasado étnico e histórico puesto que en la relación entre “pasado étnico y presente nacionalista se halla el secreto de la energía explosiva de la nación y el terrible poder que ejerce sobre sus miembros” (A. Smith, 1993).

El nacionalismo cívico o moderno sería el que “hunde sus raíces en necesidades estructurales de la sociedad moderna” (Gellner) o como críticamente lo presenta A. Smith, “la motivación y dinámica de la nación” - resultado de su necesidad de crecimiento dada en la modernidad. Frente a un pasado inmemorial se plantea el carácter imaginado (Anderson), inventado (Hobsbawm) o fabricado (Lloberas) de las naciones y por ende la intencionalidad de su creación. Se lo justifica enfatizando la dimensión política, la búsqueda de

homogeneidad cultural -condición de funcionamiento de la sociedad moderna (Gellner)- o como resultado de la declinación de la religión y el auge de la palabra impresa.

Entendiéndolo como un fenómeno cultural, Oriental y Occidental son los dos tipos de nacionalismo que distingue Plamenatz y que remiten al europeo occidental, donde las naciones son consideradas "culturalmente equipadas para superar las diferencias" o al oriental, "cuyas culturas ancestrales ni se adaptan al éxito por los estándares crecientemente dominantes y cosmopolitas" (cit. por Chatterjee p.124 y por Lloberas).

Fundándose en argumentos históricoeconómicos Balibar sostiene que ninguna nación moderna posee una base étnica y "toda comunidad social reproducida mediante el funcionamiento de instituciones es imaginaria" (Balibar, 1988, p.145). Para él los orígenes de la formación nacional remiten a una multiplicidad de instituciones de antigüedad desigual, que la forma ideológica ("tendida desde el presente un mito de origen y continuidad nacional en pos de la singularidad de las naciones") tiende a ocultar. Su difusión la liga al desarrollo de las estructuras de mercado y la proletarianización de la fuerza de trabajo (simbólicamente a mediados de los siglos XVI), pero agrega que "circulación monetaria y explotación del trabajo asalariado no implican una forma de Estado determinada", alejándose así de cualquier relación de necesidad entre la existencia de naciones y su forma actual. Explica el predominio de la forma nación por permitir dominar luchas de clases heterogéneas y hacer surgir una clase capitalista. Desde el siglo XVI los estados centrales se beneficiaron con el capitalismo temprano y montaron un aparato administrativo a expensas de la periferia con la que establecieron relaciones de dependencia. Así propone una génesis simultánea del cosmopolitismo y nacionalismo.

Las recientes concepciones posmodernistas, si bien coinciden acerca de la modernidad y artificialidad de las naciones, ponen el énfasis en la construcción cultural y suponen la determinación social y política. Presentan a las naciones como textos que deben ser leídos, como "un discurso histórico concreto con su peculiar conjunto de prácticas y creencias que debe ser primeramente deconstruido para aprehender después su poder y carácter" (cit. por A. Smith.) El nacionalismo sería aquello que crea a las naciones.

Parekh reconoce las confusiones resultantes de los desacuerdos entre los especialistas en el tema. Considera que la concentración en Occidente -especialmen-

te en Europa- de los estudios del tema, conllevó la tendencia a universalizar la experiencia europea e imaginar el nacionalismo en todo lugar y con la misma estructura o, en su defecto, como una forma patológica del original europeo. Es decir, para él la pretendida universalidad del nacionalismo sería otra manifestación de etnocentrismo occidental (ver Parekh, Chatterjee, en Fernández Bravo).

## *El caso*

El caso que abordamos en nuestro trabajo incluye a dos naciones americanas modernas (Chile y Argentina) construidas, inventadas, etc., cuya constitución atravesó condiciones históricas similares y casi contemporáneamente: colonizadas tempranamente por la corona española (s. XVI), sujetas al mismo o similar sistema de explotación y control durante el período colonial (s XVI-XIX); constituyeron ambas un gobierno criollo a comienzos del siglo XIX y fueron consolidando el estado nacional desde fines del mismo siglo. Todos estos procesos encabezados por una burguesía criolla -terrateniente en Argentina y minera en Chile- que dispuesta a tomar el poder político para consolidar el económico del que ya gozaba, promovía sus intereses enunciando contra el dominio español los mismos principios del liberalismo que la burguesía había esgrimido en Europa en contra de los terratenientes. Como señala Vitale, "allá servían para el proteccionismo industrial, acá para el libre comercio". Tanto en Chile como en Argentina la lucha por la independencia cumplió sólo el aspecto político pues los lazos económicos se vieron fortalecidos hasta la dependencia en función de una economía de exportación y la estructura del subdesarrollo. (A.G: Frank, pp.66-68)

Ni Chile ni Argentina, por entonces Provincias Unidas, renunciaban al lugar que como colonias habían conseguido dentro de la estructura global de la economía mundo ya entonces organizada en centro y periferia.

"A mi juicio, el mejor sistema de concluir con los indios, ya sea extinguiéndolos o arrojándolos del otro lado del río Negro, es la guerra ofensiva, que es el mismo camino seguido por Rosas que casi concluyó con ellos" (Carta de Julio A.Roca a Adolfo Alsina. Octubre de 1875). La historia incluyó esas poblaciones a través de su exclusión. Sus formas de vida y cultura eran clasificadas acorde con los parámetros evolucionistas -o spencerianos-, y sus acciones evaluadas en términos de los propósitos de la sociedad naciente y el modelo "deseable". Una serie de motivos las hacían presentes

naturalizando ciertos rasgos (valentía, destreza, vigor), pero la diversidad cultural era normalmente omitida. En nombre del "progreso" impulsado por las minorías locales prósperas como una ideología universal y de la "soberanía nacional" que requería la "ocupación completa de los espacios interiores, los "indios" fueron despojados de sus tierras y arrinconados. La construcción del Estado nacional avanzaba al compás de la expansión de las redes ferroviarias, la colonización agrícola y la inmigración extranjera. Las luchas en contra del dominio español y la "desaparición" de las naciones (étnicas) preexistentes conformarían motivos centrales de los relatos que plasmarían la imagen visible para el exterior y que siguió "blanqueándose" con el fomento y aporte de la inmigración europea.

Población "criolla" implica mestizaje y deja afuera cualquier reclamo que se sustentara en términos de etnia u originalidad. Por otra parte, los siglos XVIII y XIX nos remiten a la modernidad. La conjunción de ambos – que da por supuesto el conocimiento de la existencia de un, o varios, proyectos políticos y la intención de construir un estado nacional- remite a los contenidos del nacionalismo cívico. Pero la "voluntad" homogeneizadora en la historia de la Argentina se asienta sobre rótulos y exclusiones. (Pareciera que este modo hubiera conformado una matriz que continúa manifestándose a través del bipartidismo que hasta hoy subsiste en Argentina).

¿Qué clase de consenso podría o pretendía lograrse a través de relatos producidos desde esta posición?, ¿Qué forma y sentido debería tener esa comunidad para que agentes sociales diversos con intereses contrarios y en conflicto pudieran identificarse? Anthony Smith compara la tarea del intelectual o profesional nacionalista con la del arqueólogo. Señala que así como el arqueólogo descubre, reinterpreta y regenera el dinamismo en lo que halla enterrado en las capas geológicas, el nacionalista selecciona el pasado a la luz de una ideología auténticamente nacional y moviliza a los miembros de la comunidad explotando las emociones colectivas (A. Smith, 1995). Hobsbawn denominó "mitologías retrospectivas" (Hobsbawn, p.174) al tipo de historia que quieren los nacionalistas y que difiere de la que proporcionan los historiadores profesionales. Rastreando la idea de nación a través de algunas obras de la literatura argentina, Shumway entiende que las "ficciones orientadoras" que contribuyeron a crear un sentimiento de identidad colectiva apelaron tanto a una nacionalidad preexistente como a un destino común y sirvieron para "hacer creer que el

pueblo tiene una voz o que los representantes del pueblo son el pueblo". ¿Cómo se fue produciendo ese efecto de unidad mediante el cual el pueblo aparecerá "como un pueblo" en esta América Latina (unificada por la conquista) que entró tardía y de modo dependiente a la modernidad? Martín-Barbero asigna importante papel a los medios, especialmente la prensa y el circo criollo que en Chile y Argentina contribuyeron desde comienzos del siglo XX a difundir hábitos y concepciones.

Claro que pensar el nacionalismo en esta época en que la globalización es el contexto, plantea una serie de interrogantes acerca de la utilidad misma del concepto. La realidad (Estado-nación) y las categorías de análisis para hacerlo inteligible están cambiando y este espacio de observación obliga ante todo a situar el fenómeno -la noción y la nación- en el marco de las condiciones económica/político/ sociales actuales. Situarnos entonces en un tiempo-mundo "encogido", donde la virtualidad y la velocidad se han impuesto e incluso convertido en valores. Donde las distancias se miden en tiempo y las fronteras no cumplen su cometido inicial de definir territorios y jurisdicciones y "proteger", puesto que son traspasadas real y virtualmente de modo constante. Merced a las comunicaciones las distancias pueden ser recorridas fácilmente y en virtud de las no-fronteras el capital, dotado de la movilidad/ductilidad inherente a lo virtual, se ha transnacionalizado: fluye libremente monopolizado, trasladado y...colocado.

Pero paralelamente en este mundo otras fronteras – viejas y nuevas- de índole variada se han remarcado. Unas que separan familias, restringen accesos, obligan y, conjugando pertenencia y consumo califican, clasifican, excluyen/incluyen. Estas fronteras se imponen, prescindiendo de origen, color, nacionalidad o adscripción de las poblaciones que al tiempo que son "globalizadas" son aisladas-localizadas (Bauman, 1999). Las fronteras límites de territorios y jurisdicciones se redimensionan resultando al mismo tiempo infranqueable para unos y casi inadvertible, permeable, para otros. En su interior queda la población supuestamente legitimadora de los poderes estatales/"nacionales" cada vez más separada de su ejercicio ciudadano y librada a sus propias posibilidades y necesidades frente a las nuevas condiciones. En su conjunto nos traen la existencia de diversidad de formas culturales hoy conviviendo en diásporas forzadas, marcándonos en otros términos y haciéndonos inmediata la realidad de la multiculturalidad, borrando la asociación inmediata entre cultura, pueblo y estado. Globalizada y localizada, globales unos y locales otros, escuchan los dis-

cursos de pluralismo y participan diferencialmente de la ilusión homogeneizadora facilitada por los medios a través de la difusión de “modelos culturales únicos”, expresiones de la hegemonía que se apropia, transforma lo tradicional y promueve la expansión de consumos de variada índole (sean bienes materiales, modas espirituales o discursos de intelectuales).

¿Cuál es el status del nacionalismo? Quizás debamos coincidir con Laclau en que la convivencia de componentes ideológicos antagónicos permite leer al nacionalismo como un significativo vacío, un vehículo para reclamos de diversa índole (Laclau, 1966 cit. por Fernández Bravo, 2000). Considerarlo una doctrina política que como otras surgió con un nuevo modo de discurso político en el primer tercio del siglo XIX (Parekh, p.91) remarca de otro modo su diferencia del nacionalismo “étnico”. No porque lo étnico excluya o prescindiera de la política sino porque creemos relevante reconocerlo acompañando las transformaciones del modo de producción capitalista que dieron lugar a ese producto político-jurídico denominado nación-estado, expresión de una ideología liberal de desarrollo y con sus contenidos occidentales y “civilizados”. Sin dudar de los alcances de la expansión que con renovado interés se impulsó en el siglo XIX –tanto militar como ideológicamente- y por reconocer la homogeneización como un rasgo distintivo, no quisiéramos omitir las múltiples formas que conjugando contenidos un poco diversos y significaciones bastante similares, adquirieron tanto las relaciones coloniales tradicionales, que como dice Balibar “afectaron a todas las naciones modernas”, como las que se plantearon al interior de los nacientes estados (colonialismo interno, como solían llamarse). El nacionalismo cívico remite a la categoría de ciudadano y los contenidos con ella asociados: racionalidad, elección, participación. Acarrea las limitaciones de los “tipos” que llegan a traducirse en francas contradicciones en casos como los que consideramos, cuando el ejercicio de la condición de ciudadano estuvo relegado, históricamente por la incorporación –lenta, forzada y parcial diríamos- de los no blancos no cristianos en estas naciones y recientemente por el autoritarismo de los gobiernos que en la década del '70 y principios del '80 -tanto en Chile como en Argentina- impusieron un orden por la fuerza y su voluntad. Similares procesos históricos, paralelamente impuestos, implantaron o encausaron ambos países –Chile y Argentina- asincrónicamente hacia el nuevo modelo. De la apropiación política a la exclusión social.

Cabe preguntarse: si el nacionalismo fue una ideología afín al surgimiento y consolidación de los estados nacionales, que encarnaba la forma política de una etapa de las relaciones de producción capitalistas, ¿cómo mantiene su vigencia hoy? Si como forma ideológica nació junto al cosmopolitismo, ¿quedará relegado frente a él ante la dilución formal de algunas fronteras y la reunión en bloques, asociaciones o mercados comunes? Sabemos que el mercado mundial impone condiciones que los acuerdos regionales intentan relativizar/balancear creando esas especies de “ficciones de integración” ya que no acompañan las disposiciones económicas de una práctica legislativa (el destiempo entre procesos económicos y jurídicos quedó de manifiesto en el caso Pinochet) y/o una política cultural global que ponga de manifiesto los referentes culturales, la valoración de la diversidad, algo más que alguna exposición o invitación de conjuntos artísticos. Homogeneidad –u homogeneización-, pretendida cualidad de la población moradora “natural” de un territorio y protegida por una serie de poderes centralizados/concentrados por un estado. El mismo recurso utilizado para generar el sentido de distintividad, de pertenencia, de “comunidad” a los ciudadanos de una (de cada) nación durante la conformación de los estados nacionales hoy, con el estado benefactor en retirada, resulta instrumental para definir otras adscripciones basadas en la posibilidad material de acceder a bienes, mientras que la nacionalidad por carencia (no tenerla, ser extranjero) remarca en ciertos casos otras exclusiones. ¿Cuáles serán ahora los valores políticos inculcados (¿de qué manera?) para sostener el modelo de unidad de pueblo, para que éste se represente a sí? ¿Se cambiará el modelo? ¿Se producirá acaso el resurgimiento del universalismo ilustrado que, según Eagleton, el nacionalismo romántico ocultó? (Eagleton, *New Left Review* N° 1). ¿Cómo pensarlo cuando lo que no está en juego es la distribución del poder –político y económico-, el hambre crece y los recursos no se distribuyen para resolverlo o siquiera paliarlo?

Entonces, ¿Cómo es resignificado hoy el nacionalismo, cuando el eje que vinculaba a los sujetos de los distintos niveles de las estructuras sociales, locales, fundado en un presupuesto interés común como lo es la nación, se ha desplazado en un sentido horizontal, transnacional, respondiendo al predominante interés del capital? Si ese pretendido interés común sirvió para enmascarar la desigual apropiación/distribución, históricamente dada al interior de los estados, y nacionalismo fue la forma ideológica que resultó adecuada, en-

tonces transnacionalismo será el concepto que corresponda a las condiciones actuales.

Como señala Parekh (y también Eagleton) no hay una relación de necesidad ni de continuidad entre estado y nación. Hay estados nacionales (donde la nación precede) y estados nacionalistas (donde se busca conformar un estado nacional) y aún hay naciones sin estado que lo prefieren así. Esto parecería justificar atender al nacionalismo en su dimensión de doctrina política. Que se mantenga sin embargo el término nacionalismo cuando las condiciones objetivas ponen en relieve sus contradicciones, lleva a acentuar su carácter instrumental articulado con otros propósitos a que hoy sirve; es decir relacionado con la globalización del capital. Una posible aproximación es observar cómo opera en las prácticas comunes y vincular la dimensión subjetiva con el carácter instrumental.

## *La observación*

Hemos revisado algunas de las principales concepciones del nacionalismo producidas en ámbitos teórico-académicos, hemos esbozado también sus alcances en el plano social-político en dos naciones "inventadas", modernas. Nos interesa ahora aproximarnos a otro saber, el que opera en la vida cotidiana de los conjuntos sociales. Entendemos que no se trata de un saber independiente sino que guarda relación con los arriba mencionados y los que circulan y distribuyen a través de los medios. Las encuestas que aplicamos entre la población estudiantil ingresante a la Universidad de Buenos Aires nos permitieron un primer acercamiento. El universo que ellas recortan nos impide proyectar nuestras apreciaciones a la totalidad de la población y privilegia una adscripción generacional (el 90% de la población considerada contaba entre 18 y 21 años de edad). Por otra parte, su condición de estudiantes universitarios, si bien de una universidad pública y gratuita, también implica un recorte socio económico, sobre todo en la crisis económica actual cuando las exclusiones se dan desde los niveles elementales del sistema educativo.

Entendemos las respuestas obtenidas como expresiones del sentido que los conjuntos sociales atendidos otorgan al nacionalismo; como parte de los conocimientos socialmente elaborados y compartidos que incorporados a la rutina guían las interacciones cotidianas. Formas de conocimiento que sirven para actuar sobre el mundo y los demás, que dado su carácter histórico se modifican y a su vez poseen una significación cultu-

ral. Cabe recordar que las encuestas se aplicaron en la ciudad de Buenos Aires. Consideramos que otro hubiera sido el resultado de haberlo hecho en zonas limítrofes o en espacios de mayor convivencia. Que la gran mayoría ubicara a Chile como el país con menor afinidad con Argentina es indicativo al respecto.

Los rasgos mayoritariamente enunciados como marcadores distintivos correspondieron al habla (tonada, acento, palabras típicas, pronunciación). La comunidad de lengua entre Chile y Argentina lleva a ahondar dentro de ella en busca de características distintivas. Como señala Balibar, la comunidad lingüística si bien induce una memoria étnica tremendamente condicionante, posee la plasticidad de naturalizar inmediatamente lo adquirido: "Asimila pero no retiene a nadie, para adscribirse a las fronteras de un pueblo necesita una particularidad complementaria o un principio de exclusión" (Balibar, p.154). Pero dada la existencia de hablas regionales en la propia Argentina, y conociendo las mayores coincidencias entre las zonas limítrofes, volvemos a la afirmación primera que limita las conclusiones en función de la muestra que no es representativa de la totalidad de la nación. Por otra parte, después de Uruguay, cuya ubicación en primer término fue casi unánime, Brasil y Paraguay compartieron el segundo. Si la lengua fuera el factor determinante, Brasil sería el país más alejado, o Paraguay, pero la tan difundida música brasileña y el turismo han contribuido al conocimiento de esa sociedad. Con respecto al Paraguay, la migración de ese origen es de larga data en Argentina.

Otros "marcadores" fueron una supuesta personalidad chilena, el comportamiento, costumbres, rasgos de personalidad, no alcanzando ninguno una frecuencia como el anteriormente mencionado. Quienes hablaban de ellos recurrían en su apoyo a la intemporalidad y flexibilidad de los estereotipos, más o menos favorables, pero ubicuos al fin. Los rasgos físicos no se mencionaron en cantidad ni con contenidos que nos permitan pensar en una etnificación de las diferencias. Esto debe conjugarse con la arbitrariedad de los límites de los estados nacionales, que dividieron las naciones existentes en Chile y Argentina según moraran al este u oeste de la cordillera andina. Más allá de esta división, factores económicos y políticos con tribuyeron al entrecruzamiento de las genealogías privadas de ambos países a diversos niveles de la estructura de clases.

Los símbolos patrios que concentraron escasas respuestas como caracterización del "otro" fueron en cambio ampliamente atendidos respecto de lo propio. Junto a ellos aparecían símbolos de la "tradición" como el mate,

el dulce de leche y Maradona. Si la no mención de los símbolos patrios chilenos puede atribuirse al desconocimiento, la inclusión de los argentinos remitía a una concepción de la identidad como algo cristalizado -opuesta a las que acentúan la voluntad y responsabilidad- que se asocia con las tradiciones aprendidas, identificatorias de la comunidad imaginada. Maradona encontraba su equivalente en los chilenos Salas y Ríos, también nombrados. Nos hablan del papel de los medios en la difusión de figuras y construcción de imágenes, las identificaciones que promueven vienen a alimentar y a la vez confundir las pertenencias. En estas democracias restringidas, las competencias deportivas y los estadios donde ellas se desarrollan, cerrados y "globalizados" por las transmisiones mediáticas, se convierten con frecuencia en especie de pseudo canales de participación. La gran cantidad de Copas que se disputan, sobre todo en América Latina donde el fútbol es pasión, pone una cantidad de "situaciones notables". Ellos proveen un espacio controlable, el ambiente para esas situaciones donde la emoción y la pasión confunden las coloraciones del juego con los del país (la indumentaria de los jugadores lleva los colores de la bandera nacional) y facilitada por la oposición a un "otro" se favorece el reconocimiento de un "nosotros" nacional.

Un conjunto de respuestas se refería explícitamente al "nacionalismo" chileno/de los chilenos. Esta referencia iba acompañada a veces de un calificativo que remarcaba la intensidad: "fuerte sentimiento nacional" o de una valoración que lo comparaba tácita o expresamente con los argentinos (son "más nacionalistas", "la defensa de los colores del país", "espíritu expansionista"); en estos casos, la presencia negativamente valorada en "el otro" se convertía en una ausencia negativamente valorada en "nosotros". En ocasiones se asociaba con ciertas (supuestas) actitudes: "creerse dueños de la cordillera" o "fuerte patriotismo que se convierte en patoterismo", "creen que la Patagonia les pertenece". Los motivos que aparecieron eran básicamente el territorio: el sur o la Patagonia. Ya que Chile y Argentina limitan por el oeste en toda la extensión del territorio argentino, entendemos que esta referencia al Sur (y omisión del Norte) tiene que ver con el espacio que los medios estaban concediendo a la discusión, un tema presente - con mayor o menor envergadura- en las relaciones argentino-chilenas desde un siglo atrás: la cuestión de límites. Pese a ello, el conflicto en sí no era nombrado, solo aludido: el "expansionismo", "la convicción hacia el país" o "creen que la Patagonia les pertenece" Sentimientos, espíri-

tu, convicciones con relación al territorio y/o a la Patria. Ahí donde la definición de los límites (fronteras) es más conflictiva y controvertida se vuelven más firmes los sentimientos y convicciones acerca de lo propio y se impulsan otras definiciones, interiores, de las fronteras entre un "nosotros" y el "otro". Ellas nos recuerdan las nociones que acompañaban a la idea de nación (homogeneidad, territorialidad, unidad lingüística y cultural) que los proyectos nacionales de Chile y Argentina buscaron plasmar y que parecen persistir a nivel de las representaciones de los sujetos. Pero las tradiciones se revertían. Si nos ubicamos en el contexto de las encuestas, Chile - "el tigre chileno"- ilustraba con su ejemplo los resultados de otro modelo a seguir, un modelo "salvador" que Argentina debía implementar: el país de la clase media y las posibilidades de ascenso social debía ser el discípulo aplicado. No se percibía que eran capitales de origen chileno sino Chile mismo el que se tomaba las empresas y decidía incorporar la Patagonia; el diferendo adquiriría así otra envergadura, se convertía en una "situación extraordinaria" y como tal, un momento de identificación. El destiempo entre los hechos y la conciencia o las representaciones se alimenta. En la globalización los territorios no se liberan de los reclamos de los Estado Nación. En el retiro del estado benefactor, la democracia reducida y la ciudadanía limitada, ser "ciudadano" se valoriza y confiere valor. El nacionalismo recupera la vigencia de las creencias, ideologías, prácticas y rutinas de que se vale el Estado- Nación para reproducir su mundo. ¿De qué nacionalismo se trata? No de uno que avale transformaciones en el mapa sino de uno que constituye parte de la rutina de los estados nación, que promueve su persistencia, su reproducción. Nacionalismo banal. Uno que apunta a que las personas se identifiquen con las naciones - condición para que éstas se mantengan incorporando a través de las prácticas cotidianas los criterios subjetivos de identificación. Criterios que se constituyen social e históricamente y que por estar rutinizados no aparecen en el plano de la conciencia pero conforman ese bagaje compartido que puede ser evocado y también hegemónicamente movilizado en las "situaciones notables". Como mencionamos no sólo cuestiones donde está en juego la soberanía son situaciones notables, también las competencias deportivas. Atravesando las fronteras mediáticamente, el color de la indumentaria deportiva muestra la bandera nacional y facilita una convergencia -promovida- de las identidades definidas en torno a la simpatía/antipatía por los competidores, con los "colores nacionales". Son ritos

que corresponden a los nuevos mitos, que poseen esa presencia actualizada en tiempo y espacio, personajes que son familiares a todos, y que han operado los milagros modernos, básicamente de ascenso económico, mediante recursos no tradicionales que alimentan la fantasía de que están al alcance de todos. Estos héroes se mueven, participan de la cotidianeidad, han sido

o son parte de lo mismo. Como siempre en este terreno opera el olvido selectivo, a través de la hegemonía que con su poder derivado de la capacidad de reunir lo dominante y lo subordinado hace desaparecer a los otros actores, a los intereses que mueven los hilos de estas situaciones, pero cumplen el propósito de captar la lealtad de los seguidores.